

## PAISAJES DE LA CUENCA DE MÉXICO: historia, identidad y cambio

*LANDSCAPES OF THE MEXICO BASIN: history, identity, and change*

*PAISAGENS DA BACIA DO MÉXICO: história, identidade e mudança*

### RESUMEN

En este trabajo se hace un repaso de los planteamientos epistemológicos y los diversos enfoques que a partir de Humboldt han abordado el estudio del paisaje en el campo disciplinario de la geografía humana. Después, se aborda la transformación del entorno natural de la Cuenca de México, a partir de la organización de la vida económica y social de los pueblos que la han habitado, abarcando un arco temporal de larga duración que permite comprender el impacto de la actuación de los hombres a pequeñas y grandes escalas, en el escenario de una cuenca de grandes contrastes fisiográficos y biológicos. Las herencias del pasado y las dinámicas contemporáneas se funden en los paisajes que los habitantes de una de las regiones más pobladas del mundo hoy miran, gozan, sufren y, en cualquier caso, les dan arraigo identitario y forman parte de su memoria individual y colectiva.

**Palabras-clave:** paisaje; historia; cuenca de México; identidad colectiva.

### ABSTRACT

This paper reviews the epistemological planning and the different approaches that, starting with Humboldt, have approached the study of landscape in the disciplinary field of human geography. Then, the transformation of the natural environment of the Basin of Mexico is addressed, starting with the organization of the economic and social life of the peoples who have inhabited it, covering a long time span that allows us to understand the impact of the actions of men at small and large scales, in the scenario of a basin of great physiographic and biological contrasts. Past legacies and contemporary dynamics merge in the landscapes that the inhabitants of one of the most populated regions in the world today look at, enjoy, suffer and, in any case, give them identity roots and are part of their individual and collective memory.

**Keywords:** landscape; basin of Mexico; lake environment; history; collective identity.

### RESUMO

Este artigo faz uma revisão do planejamento epistemológico e das diferentes abordagens que, desde Humboldt, trataram o estudo da paisagem no campo disciplinar da geografia humana. Em seguida, aborda-se a transformação do meio natural da Bacia do México, a partir da organização da vida econômica e social dos povos que a habitaram, cobrindo um longo período de tempo que permite compreender o impacto da atividade humana em pequenas e grandes escalas, no cenário de uma bacia de grandes contrastes fisiográficos e biológicos. Os legados do passado e as dinâmicas contemporâneas fundem-se nas paisagens que os habitantes de uma das regiões mais povoadas do mundo olham, desfrutam, sofrem e, em todo o caso, lhes dão raízes identitárias e fazem parte da sua memória individual e coletiva.

**Palavras-chave:** paisagem; bacia do México; ambiente lacustre; história; identidade coletiva.

 Eulalia Ribera Carbó<sup>a</sup>

 Pere Sunyer Martín<sup>b</sup>

<sup>a</sup> Instituto Mora (IM), Ciudad de México, México.

<sup>b</sup> Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Ciudad de México, México.

DOI: 10.12957/geouerj.2024.87630

**Correspondência:**

eribera@mora.edu.mx  
peresunyer@live.com

**Recebido em:** 15 abr. 2024

**Revisado em:** 24 ago. 2024

**Aceito em:** 09 ser.2024



## INTRODUÇÃO

Los paisajes sin emoción, no son paisajes. Efectivamente, el paisaje, un concepto muy antiguo relacionado a las sensaciones producidas ante la contemplación del territorio que nos rodea, la vista de una pintura que lo representa, o la escucha de una poesía que habla de él, se consolidó como una categoría de análisis científico apenas a finales del siglo XVIII. En medio del rechazo del Romanticismo a las pautas estrictas del raciocinio ilustrado, y la exaltación de la libertad de sentimientos ante la visión del mundo, la geografía supo combinar el conocimiento y la ciencia con la emotividad para estudiar la superficie de la Tierra.

Suele atribuirse a Alejandro de Humboldt, el naturalista prusiano, ser el primero que trató de conjuntar los aspectos científicos con los emocionales en el estudio de la naturaleza. Obras como *Ansichte der Natur* (1808)<sup>1</sup> o *Vues des cordillères et des monuments des peuples indigènes de l'Amérique* (1816) de gran valor divulgativo en su momento, supieron aunar la descripción científica con las imágenes del mundo americano que se descubría a ojos de los europeos. Y en el inicio de su obra culmen, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo* (1845-1862), lo expresa con claridad: se debía indagar en las leyes profundas que gobiernan las fuerzas del universo y, sobre todo, sentir, gozar de las vistas que ofrece el gran cuadro de la naturaleza. No se trataba pues, de abarcar los elementos de la naturaleza de forma aislada e inconexa, sino en su “unidad y armonía” en la diversidad<sup>2</sup>.

A pesar de los deseos de Humboldt, ambas formas de aproximación a la naturaleza y al conocimiento del mundo de las que hablaba él, la razón y el sentimiento, la ciencia y el arte, en vez de aunarse en la búsqueda de la verdad, “se encerraron en sus campos hostiles (...) a vigilarse con desconfianza y recelos” para devenir contrincantes (SCHILLER, 1963, p. 44)<sup>3</sup>. En la geografía contemporánea esta tensión ha estado siempre presente, sobre todo en los estudios de geografía humana y en los del paisaje, es decir, en aquellos ámbitos en los que el ser humano forma parte del objeto de las investigaciones o en los que el valor de la vivencia parece tener mayor peso que el del dato crudo. Por eso, en estas páginas nos ha parecido necesario un repaso a los planteamientos epistemológicos generales y los diversos enfoques que, a partir de Humboldt, han tratado el estudio del paisaje en el campo disciplinario de la geografía humana.

Después, abordar el estudio de los paisajes de la Cuenca de México conlleva un complejo ejercicio en el que se entremezclan las razones de un poblamiento humano continuo desde hace miles de años, con las del sentimiento de pertenencia y arraigo al que ha sido hogar de mucha gente. El largo proceso de

---

<sup>1</sup> Traducido muy pronto al francés con el título *Tableaux de la nature* y al castellano con *Cuadros de la naturaleza*

<sup>2</sup> Humboldt en las primeras páginas de *Cosmos* menciona continuamente esta idea que se remonta a la antigüedad clásica (Humboldt, 2011, vol. I, p. 7)

<sup>3</sup> Continúa Schiller: “Mientras una imaginación lujuriente agosta los laboriosos brotes del entendimiento, el espíritu de abstracción apaga el fuego que hubiera debido caldear el corazón y encender la fantasía” (SCHILLER, 1963, p. 44)



transformación del entorno natural de la cuenca, a partir de la organización de la vida económica y social de los pueblos que la han habitado, debe ser acometido con un arco temporal de larga duración, que permite comprender el impacto de la actuación de los hombres a pequeñas y grandes escalas en el escenario geográfico de una cuenca de grandes contrastes fisiográficos y biológicos. En definitiva, las herencias del pasado y las dinámicas contemporáneas se funden en los paisajes que los habitantes de una de las regiones más pobladas del mundo hoy miran, gozan, sufren y, en cualquier caso, les dan arraigo identitario y forman parte de su memoria individual y colectiva.

## LA GEOGRAFÍA Y EL PAISAJE

### La vía científica de estudio del paisaje

En la Europa del siglo XIX destacaron dos principales escuelas geográficas, la alemana y la francesa, y ambas incorporaron el concepto de paisaje en sus estudios a lo largo del siglo XIX de manera un tanto diferente por la distinta evolución que tuvo la disciplina en cada una de las dos tradiciones: muy ligada a la influencia directa de Humboldt y de Ritter en Alemania, más historicista en Francia. De ellas se difundió a otros países y continentes.

En la geografía alemana se pueden identificar dos líneas en los estudios del paisaje que tuvieron continuidad a lo largo del siglo XX. De las propuestas de Humboldt emergió el enfoque físico-natural que practicaron científicos próximos a la geomorfología y a la fitosociología o biogeografía. Esta perspectiva tuvo en Carl Troll su máxima expresión, desde los años 30 del siglo XX, con su *Ecología del paisaje* o *Geoecología*, y en Siegfried Passarge la conceptualización como ciencia del paisaje<sup>4</sup>.

De la misma manera, en el enfoque que hoy llamaríamos de geografía humana y que ha atendido tradicionalmente los que se han denominado “paisajes culturales” –frente a los “naturales” del enfoque anterior—, existe una continuidad entre las aportaciones inicialmente puntuales de Karl Ritter y las propuestas más desarrolladas a fines del siglo XIX por Otto Schlüter, en la geografía alemana, así como con Vidal de la Blache en la geografía francesa.

Tanto desde el punto de vista físico-natural como humano-cultural, se podría decir que inicialmente en Alemania y, posteriormente, en Francia, la geografía del paisaje formó parte de los temas en el que todo estudiante debía formarse. Hay que recordar, en este sentido, que el término alemán *landschaft* y el francés *paysage* tuvieron una doble lectura: por un lado, podían referirse a esa unidad visualmente percibida que

---

<sup>4</sup> En la aproximación geomorfológica y fitosociológica destacan también Joseph Wimmer, Robert Gradmann, Siegfried Passarge, Léo Waibel, Josef Schmithüsen. En el caso de Passarge, hay que mencionar su *Die Grundlagen der Landschaftskunde* (1929) (Bases para el estudio del paisaje) y *Die Landschaftsgürtel der Erde* (1929) (Los cinturones paisajísticos de la Tierra).



resume en sí la “forma del país” y que los estudios particulares de la geografía, físicos y humanos, justificaban científicamente; y por otro, podían asociarse con los estudios de geografía regional. De esta manera, hasta bien entrado el siglo XX, la geografía regional y del paisaje formó parte de los planes de estudio de especialidades como la antropogeografía o geografía humana, la geografía social y, por supuesto, la geografía regional.

En los Estados Unidos de América, en el último cuarto del siglo XIX, se formó otra escuela geográfica que adquirió relieve internacional e incorporó también los estudios del paisaje por doble vía, la ecológica y la cultural. La primera fue impulsada por el botánico Henry Chandler Cowles (1869-1939), artífice de la reflexión sobre la relación entre el ser humano con el medio ambiente, que tuvo influencia en fitogeógrafos como Frederick E. Clements, y al mismo tiempo en la escuela sociológica que se estaba desarrollando a principios de siglo XX en Chicago, con Robert E. Park y Ernest Unwin. A su vez, estos influyeron en el geógrafo Harlan H. Barrows (CAPEL, 1984, p. 52-54). El concepto común con los sociólogos era el de ecología humana que permitió a Barrows acercarse al de paisaje cultural, la clara manifestación de la adaptación humana al espacio terrestre (BARROWS, 1923).

La otra vía, más cultural, tuvo en Derwent S. Whittlesey (1890-1956) y Carl Sauer (1889-1975) a sus principales impulsores. Whittlesey introdujo el concepto de “secuencias de ocupación” por el cual los grupos humanos se establecían en el territorio siguiendo diversas etapas que conllevaban el uso de sus recursos y consecuentemente la presencia de huellas de tales establecimientos (WHITTLESEY, 1929). Por su parte, para Sauer cada grupo humano plasmaba en el territorio su cultura y generaba un área cultural visible en el paisaje creado. En este sentido, el paisaje cultural era resultado de la acción histórica de cada sociedad sobre el territorio ocupado<sup>5</sup>.

En general, en la aproximación científica contemporánea al estudio del paisaje predominó la idea de que era importante la identificación de las formas terrestres, naturales o culturales. En este sentido, en los estudios de geografía se proporcionaban modelos terrestres, producto de la naturaleza o de la actividad humana, ligados a conceptos con los cuales se podía comprender el mundo. Uno de estos modelos fue el “ciclo geográfico” que William M. Davis ideó para explicar, desde un punto de vista genético y evolutivo, las geformas de los paisajes de los Estados Unidos. Por su parte, Otto Schlüter batallaba por clasificar las formas urbanas vinculadas a cada uno de los pueblos que habían habitado los territorios germánicos y trataba de llenar de sentido el concepto de paisaje cultural (*Kulturlandschaft*); Vidal de la Blache asociaba las regiones

---

<sup>5</sup> Se puede rastrear en la obra de Sauer a autores como Schlüter, Vidal de la Blache, Brunhes, entre otros autores (Sauer, 1925; Leighly, 1995)



naturales de Francia con los *genres de vie* (géneros de vida); y Siegfried Passarge lo hacía con los paisajes naturales del mundo.

Más adelante, los modelos funcionales trataron de ir más allá de esas concepciones “naturalistas” del paisaje y buscaron en las actividades humanas, en las funciones realizadas, las razones de la distribución de los diversos elementos que organizaban el espacio terrestre. Así, al clásico modelo de Johann H. von Thünen (1826) sobre la distribución y aprovechamientos de terrenos agrícolas y ganaderos, se añadieron en los años treinta del siglo XX las propuestas de Walter Christaller sobre la jerarquización urbana a partir de funciones administrativas y comerciales, las de August Lösch de distribución de las actividades económicas en los años cuarenta, o las que se planteaban desde la geografía social alemana con Bobek, que atendían a las formas de la organización espacial de las actividades humanas según sus necesidades básicas cotidianas (BOBEK y SCHMITHÜSEN, 1949; RUPPERT y SCHAFFER, 1979).

El gran problema de la geografía humana durante una parte del siglo XX, tanto la producida en Alemania como en Francia, residía en la paradoja señalada hace ya años por Alberto Luis (1984, s/p) por la cual, por un lado, se reivindicaba cada vez con más fuerza el componente humano de la geografía, pero, por el otro, se hacían propuestas que “prescindían conscientemente del análisis directo de los grupos humanos que son los agentes transformadores del espacio” (LUIS, 1984, s/p). La frase tan recordada de Vidal de la Blache (1913) que decía que la geografía “es la ciencia de los lugares, no de los hombres” es una muestra de una forma de pensamiento que fue extendiéndose a lo largo del siglo y que tuvo en la denominada “revolución cuantitativa” su mayor exponente. Entonces ¿dónde quedaban las personas, su día a día, sus labores diarias, sus sentimientos y emociones?

### **Sentimiento y emoción en el estudio del paisaje**

Como ya se ha dicho, en las primeras páginas de *Cosmos*, Humboldt planteaba que no solamente la razón podía dar cuenta de lo observado para comprenderlo, también el sentimiento y las emociones que despertaba la vivencia de la naturaleza podían contribuir a su conocimiento: “la exacta y precisa descripción de los fenómenos no es absolutamente inconciliable con la pintura viva y animada de las imponentes escenas de la Creación” (HUMBOLDT, 2011, p. 4). Asomaban en él, aparentemente, las inquietudes que tenían sobre el estudio del mundo natural los filósofos de la naturaleza como Hölderlin, Schiller y Schelling. Para Schiller, por ejemplo, “esta forma técnica que hace visible la verdad para el entendimiento, lo oculta para el sentimiento, pues, desgraciadamente, el entendimiento tiene que destruir el objeto del sentido interior si quiere hacerlo suyo” (SCHILLER, 1963, p. 27), por lo que había que devolver al ser humano la capacidad de conjuntar ambas formas de conocimiento para llegar a una mejor comprensión de la naturaleza y del mundo.



Una de las obras por la que el naturalista prusiano mostraba especial predilección es *Tableaux de la nature* (1808), una pequeña publicación que ejerció una notable influencia “en el ánimo y la imaginación de una juventud ávida de saber y pronta a lanzarse a lejanas empresas” (HUMBOLDT, 2011, p. 4). Esa juventud ávida a la que hacía referencia Humboldt conformó, entre otras, la generación de “artistas viajeros” que siguieron sus pasos sobre el continente americano, o por los confines de Rusia, para plasmar en sus lienzos la riqueza y exuberancia de la vegetación tropical. Según Diener, “el género artístico del viaje americano fue forjado en el círculo científico del prusiano” (DIENER, 2013, s/p).

En los años en que Humboldt se preparaba con ansiedad para un posible viaje de expedición, se operaba ya un cambio en la forma como debía de abordarse la pintura del paisaje. Era un giro científico en el paisajismo que pretendía romper con los esquemas idealizados de la escuela italiana de Salvatore Rosa, Claude Lorrain, Nicolas Poussin, entre otros, y la que idealizaba la naturaleza de los trópicos (GREPPI, 2005, p. 31-32). El arte del paisaje debía conducir a un conocimiento más profundo del mundo natural a través de los estímulos que la propia naturaleza, representada mediante la luz, el color, la perspectiva, entre otros, podía deparar en los estados de ánimo del individuo, en particular, la experiencia de lo sublime (BEHLER, 1993, p. 108; LONGINO, 2011 [s. l. d.c.], SUNYER, 2019, p. 57). Por eso, se trataba de representar el mundo tal cual se mostraba a los ojos del pintor.

Artistas como Jakob Ph. Hackert (1737-1807), en sus cartas a J. W. Goethe; las opiniones de Carl Gustav Carus (1789-1869) expuestas en sus *Briefe über Landschaftsmalerei* (*Cartas sobre la pintura del paisaje*, 1830) y los escritos sobre la pintura más tardíos de John Ruskin (1819-1900) son indicativos de los cambios que se estaban dando en este género pictórico (GREPPI, 2005, p. 31 y 37, RUSKIN, 2009) y también en las otras artes, por ejemplo, en la poesía (BEHLER, 1993, p. 108). Ya no se trataba de representar la naturaleza tal como era porque sí, había que reflejar la belleza, la emotividad y, por lo tanto, la verdad que de ella se desprendía.

El mismo Alejandro de Humboldt participó con sus opiniones acerca de la pintura del paisaje en un conocido texto titulado “La pintura del paisaje y su influencia en el estudio de la naturaleza”, publicado en el segundo volumen de *Cosmos*. Su finalidad era explicar aquellos aspectos que debían ser considerados a la hora de realizar pinturas sobre el paisaje de los trópicos.<sup>6</sup>

Las ideas de Humboldt sobre la representación del paisaje fueron un modelo para muchos de los geógrafos que le secundaron, tiempo después. Así, la poesía descriptiva que despliegan geógrafos como Élisée

---

<sup>6</sup> Hemos podido consultar el texto en Humboldt, 1868, p. 82. En él se hace alusión a unas reflexiones publicadas anteriormente en la edición de 1826 de *Ansichte der Natur*, tituladas *Ideen zu einer Physiognomik der Gewächse* (Ideas para la fisonomía de las plantas). Puede leerse el texto completo en Humboldt, 2007. <<https://www.gutenberg.org/files/22761/22761-pdf.pdf>>



Reclus, por ejemplo, en *La Terre* (1868), o la prosa de Paul Vidal de la Blache a lo largo de sus escritos tienen mucho que ver con la herencia paisajista que proponía Humboldt: pintar con palabras el mundo.

Como explica Nicolás Ortega (2022, p. 100), fue Vidal de la Blache uno de esos geógrafos en los que la forma de hacer de Humboldt, de sus descripciones plasmadas en su bella prosa, tuvo continuidad; una forma de escritura que perdura hasta la actualidad; sin duda, la marca más emblemática de la geografía inaugurada por el maestro francés.

Entre los discípulos de Vidal, conviene señalar a Jean Brunhes, una personalidad de la geografía francesa quien de forma un tanto marginal, como subraya Clout (2003, p. 371), dio paso a una manera diferente de hacer la geografía humana que se practicaba en la Sorbonne, una geografía basada más en la generalización de aspectos temáticos que en regiones, y más próxima al ser humano. Ejemplo de ello es *La Géographie humaine. Essai de classification positive* (1910) que antecede la que tenía previsto publicar Vidal de la Blache<sup>7</sup>. En ella, Brunhes despliega con gran maestría los aspectos básicos que rodean la vida cotidiana de una parte importante de la población europea y norafricana de aquel entonces. Sobresale su desapego a las directrices de los trabajos regionales que se estaban desarrollando y se acerca a las personas que habitan el territorio, a las huellas de su actividad y, por supuesto, a sus paisajes. Así, los entornos rurales, con las casas, los caminos, los campos de cultivo, la ganadería y los pastos, la economía destructiva de la minería, entre otros, son los temas a los que presta atención<sup>8</sup>. La línea argumentativa de Brunhes en esta obra nos conduce hacia dos reflexiones: nos habla de una geografía en búsqueda de un ámbito de estudio propio, pero sobre todo de la necesidad de contar con el ser humano en toda su integridad.

La continuidad de los puntos de vista desarrollados por Brunhes se halla, sin duda, en su discípulo Pierre Deffontaines (1894-1978). Este prehistoriador y después geógrafo, trató de acercar la geografía a la sociedad a través de una colección de obras que tuvo un gran éxito editorial. Con el título “Series de Geografía humana” muestra una geografía vívida y próxima al ser humano, “a sus hechos esenciales” como menciona Capel (2009). Las más de 35 obras de esta colección aparecidas entre 1933 y 1972 tenían como propósito educar al gran público geográficamente y en la sensibilidad hacia el mundo.

El prólogo al primer volumen de la serie, dedicado a la *Geografía y la colonización*, de Georges Hardy (1933), es particularmente elocuente de la relevancia que para Deffontaines tenía el paisaje y el papel del geógrafo en su descubrimiento del mundo. “Los geógrafos tienen ese amor secreto por la tierra, una estética

---

<sup>7</sup> Fue publicada póstumamente por Emmanuel de Martonne con el título *Principes de Géographie humaine* (1922) a partir de las notas dejadas por el maestro.

<sup>8</sup> La obra, que tuvo un gran éxito editorial desde el principio, fue mejorada y ampliada en sucesivas ediciones (Clout, 2003, p.374, Capel, 2009)).



y una poesía especiales que les permite descubrir esos hechos numerosos y pequeños que en su conjunto conforman los paisajes y dan vida a cada rincón de la Tierra.” (DEFFONTAINES, 1933, p. 9)<sup>9</sup>

Precisamente, en este sentido, conviene reparar en un autor y una pequeña obra de gran sensibilidad hacia la geografía vivida, que no fue descubierta hasta los años setenta. Su título *L’homme et la Terre* (1952), que evoca la última obra de Élisée Reclus, fue escrita por un autor desconocido hasta entonces en los medios académicos franceses llamado Eric Dardel. De perfil humanista, propone una geografía próxima al individuo, y contraria a las tendencias funcionalistas y positivistas de la disciplina universitaria. Su aportación principal tiene que ver con el descubrimiento de la que denomina “geograficidad”, resultado de esa “relación concreta que establece entre el hombre y la Tierra”, como un modo de su “existencia” y “destino”. Una vivencia que se vincula con la corriente fenomenológica en filosofía y a poetas como Hölderlin en lo que respecta a su propuesta de conocimiento intuitivo, no racional, del mundo. Frente a la geografía “exacta” de la academia, propone pensar en una “geografía en acto”, la que la historia muestra continuamente: una inquietud geográfica presente en la humanidad.

### El paisaje: desde los enfoques estructuralistas a los simbólicos

Como hemos dicho anteriormente, las investigaciones que caracterizaron el estudio de los paisajes desde la geografía a lo largo del siglo XX, hasta prácticamente los años 70 del mismo, respondían al paradigma de la geografía regional y del paisaje, asociado con la aproximación estructuralista, en la que predominaban los estudios morfológicos, la búsqueda de las causas y los procesos que rigen las formas de lo geográfico, tanto en sus aspectos físico-naturales como culturales. Sin embargo, en esos años se empezaron a cuestionar la certeza y la objetividad de la ciencia dominantes hasta aquellos años, y se daba pie a otros enfoques que, al menos en el ámbito de la geografía, privilegiaran al individuo, sus experiencias y su subjetividad, y al “lugar” como ámbito espacial concreto. En estos cambios, los enfoques marxistas, feministas, humanistas, fenomenológicos y existencialistas empezaron a adquirir notoriedad y dieron pie nuevos temas. Como explica Vallega (2023, p. 249), si el enfoque tradicional había consistido en *explicar* el paisaje, como objeto producto de unas relaciones de causa-efecto cuyos elementos se hallan en una situación de equilibrio, ahora lo que se pedía era *comprenderlo*, esto es, centrarse en el sujeto que observa, que tiene una capacidad de representación del objeto observado, que trata de desentrañar el significado del complejo “manto de símbolos” que compone el paisaje.

---

<sup>9</sup> « *Le géographe a cet amour secret du terrain, cette esthétique et cette poésie spéciales qui découvrent tous ces faits menus et nombreux dont l’ensemble forme le paysage et la vie de chaque coin de la terre* »



En lo que hace referencia a los paisajes culturales, su conceptualización y los métodos de estudio cambiaron sustancialmente las cosas. La geografía cultural post-Sauer pedía otra aproximación al estudio de los paisajes (Pred, 1991, p. 116). Es conocida la aportación de Denis Cosgrove y Peter Jackson. En particular Cosgrove, en *Social Formation and Symbolic Landscape* (1984), introducía la concepción simbólica de los elementos del paisaje desde una interpretación marxista, algo entonces muy novedoso, explicando cómo la visión de los paisajes es condicionada por la propia cultura, como concepto ideológico. A él le seguía, desde la geografía estadounidense, la lectura que proponía James Duncan en su *City as a Text. The Politics of Landscape Interpretation in Kandyan Kingdom* (1990), donde mostraba la legibilidad del paisaje a través de su decodificación, ligada a la retórica de las prácticas sociales y políticas. Se trataba en ambos ejemplos de “deconstruir” el propio objeto de observación. Pero, en realidad, se trataba de un cambio conceptual mayor.

En todo esto, la emoción juega un papel principal. La emoción que había sido entendida, junto a la “intuición” como una forma secundaria de conocimiento, adquiere un mayor valor por su vinculación con la dimensión creativa del propio sujeto, que genera reacciones cuya intensidad dependerá de la capacidad del propio sujeto ante el objeto observado (Vallega, 2023, p. 253).

Al mismo tiempo, no debemos de olvidar la crítica que desde hace unos años se está haciendo a la dictadura del sentido de la vista, frente a otras formas de sensibilidad como son el oído, el olfato, el tacto y el gusto (Besse, 2010). Esto también ha abierto un panorama inusitado en la concepción del paisaje y, en consecuencia, en sus formas de representación. Son sentidos que tienen un vínculo crucial con aquellas partes del cerebro que pueden remitir a experiencias de gran profundidad o ancladas en la memoria íntima de las personas. Hoy en día, hablar de paisajes sonoros, del olor, espacios del sabor y de la alimentación se ha normalizado dentro de las investigaciones geográficas.

Apelar a los sentidos, al sentimiento y a la emoción, nos conducen por vericuetos hasta hace no tantos años desconocidos en la geografía, pero que sin duda chocan con la forma como las sociedades modernas se relacionan con el territorio y los paisajes. Desde los ámbitos político y económico se ha apostado por un modelo de crecimiento depredador que turba al individuo y a la sociedad, y a los vínculos con el territorio en el que viven, y desdeñan su “geograficidad”, usando el término que popularizó Dardel. Conviene acercarse a esos vínculos que nos unen a la Tierra y a los espacios en los que vivimos, lo cual se traduce en un solo término: identidad.

### **El lugar como experiencia del mundo y la memoria colectiva: la identidad**

La relación entre los paisajes y la identidad es uno de los temas inherentes a la geografía, tradicionalmente aceptados y raramente cuestionados. A principios del siglo XX, se aceptaba por parte de los



especialistas que la idiosincrasia estaba unida a las características de la geografía local, a sus paisajes. Frases como las que abren el *Tableau de la géographie de la France*, de Vidal de la Blache, son elocuentes: “La historia de un pueblo es inseparable del territorio en el que habita”; o el término de “personalidad” que “pertenece al dominio y al vocabulario de la geografía humana” (Vidal de la Blache, 1903, p. 4). Sin embargo, no se reflexionaba propiamente sobre la identidad como objeto de investigación. Los enfoques fenomenológicos en filosofía, las investigaciones desde la psicología, dieron pie a toda una línea de reflexiones que sustentan la vinculación del individuo y la sociedad con el espacio y el tiempo en el que viven y actúan cotidianamente. En Eric Dardel encontramos las primeras reflexiones al respecto desde la geografía, concretamente con el concepto de “geograficidad” al que ya hemos aludido. Hay, según él, un vínculo existencial entre el ser humano y la tierra que habita. “Ya sea por el amor al suelo natal o por la búsqueda de lo desconocido, una relación concreta se establece entre el hombre y la Tierra, una “geograficidad” (Dardel, [1952], 2013, p. 55). Es una relación basada en valores objetivos -el mundo material externo- y subjetivos -el mundo interno al individuo. Así, colores, olores, formas, sonidos, sabores nos acercan sensorialmente al mundo, mientras que los recuerdos, la memoria, las creencias se incorporan a la aprehensión y comprensión del lugar. De esta manera, Dardel viene a mostrar algo que Heidegger había planteado cuando hacía referencia a la noción de “habitar”. El ser humano es un “ser en el mundo”.

Muchos años después, a partir del descubrimiento de la obra de Dardel, otros autores indagaron en los vínculos existentes entre el individuo y el lugar en donde mora. Armand Frémont, en su obra *Recherches sur l'espace vécu* (1974) y posteriormente en *La région, l'espace vécu* (1976) propone el término “espacio vivido”, para hacer referencia al conjunto de representaciones sobre los lugares, que conllevan que el individuo no solamente se vincule a ellos por sus propias experiencias afectivas, estéticas y éticas, sino también con los valores que la sociedad les otorga.

Paralelamente, Edward Relph en su obra *Place and Placelessness* (1976) entiende el “lugar” como el ámbito “significativo de nuestra experiencia inmediata del mundo” (Relph, 1976, p. 141). Para este autor, el lugar está conformado por el escenario físico; las actividades que en él realiza un individuo o un grupo de ellos; los significados que el individuo por sí, o el grupo, le otorga al mismo espacio. Todos estos componentes, conjuntamente, dan forma a la vinculación que tiene el ser humano con ese ámbito geográfico particular, el de la vida cotidiana, que es el lugar.

Yi Fu Tuan (1977) retomaba de la psicología conceptos como el de “sentido de lugar” (*sense of place*) y el de “sentido de arraigo” (*place-attachment*); el primero asociado con el reconocimiento de un individuo con lugares vividos, donde uno se reconoce y reconoce a los otros, que se conforma socioculturalmente a través de procesos sociales que le otorgan sentido y significado; mientras que el segundo, hace referencia a



los “anclajes” que toda persona desarrolla, y que ayudan a entender la conformación de la propia identidad. De este mismo autor provienen también los conceptos de *Topofilia* o su opuesto *Topofobia* para hacer referencia a aquellos lugares que nos proporcionan seguridad o inseguridad, y un sentimiento de apego o de rechazo. Hablamos pues de experiencias emocionales que remiten a una relación del cuerpo con el lugar.

Dentro de la formación de la identidad conviene hablar, no solamente de los espacios geográficos y sus vivencias, muchas de las cuales están asociadas a las personas que habitan en esos mismos lugares, con sus prácticas sociales y culturales y sus creencias. La memoria y, en particular, la memoria colectiva, es parte importante dentro de la formación de la identidad y fue el filósofo luego sociólogo francés Maurice Halbwachs (1877-1945) quien empezó a indagar en ella, en sus procesos, y su función social. El concepto de lugares de la memoria va a ser fundamental, cuando años después lo recuperará Pierre Nora (1978).

Halbwachs, desde sus primeras publicaciones como *Les cadres sociaux de la mémoire* (1927), fue profundizando en sus planteamientos hasta comprender que hay dos tipos de memoria: la individual y la colectiva. Ambas se anclan no solamente sobre el tiempo, sino también sobre el espacio y la sociedad que lo habita, a partir de la experiencia vivida; son los marcos sociales de la memoria. La familia, la clase social, los colectivos sociales, están implicados en la construcción y articulación de la memoria. Posteriormente, en su obra *Topographie légendaire des Évangiles en Terre Sainte* (1941), Halbwachs concluye que el espacio es condición necesaria para la creación de un marco permanente del recuerdo. Más adelante, en su obra póstuma *La mémoire collective* (1950)<sup>10</sup> observa que el espacio es social y, a su vez, relacional y simbólico; el espacio es un tipo de lenguaje a través del cual se expresan los diferentes grupos de la sociedad. Cada espacio participa de su propio tiempo. Cada grupo social diseña sus tiempos y sus espacios. El individuo, a partir de sus ideas y experiencias, crea las conexiones necesarias que luego devendrán la base de su identidad.

La identidad es un concepto complejo, en el que intervienen múltiples factores. Muchos son de carácter geográfico como el sentido de lugar y el de arraigo, relacionados con la vivencia del espacio geográfico y sus paisajes. Por otro lado, están los vínculos con las personas con las que se comparten los espacios, y las prácticas sociales y las creencias, que derivan de ese contacto con los lugares. Finalmente, está el enlace del individuo con la memoria social, colectiva e histórica, con la que construimos y articulamos los recuerdos. Podríamos añadir, quizás, el vínculo del individuo con los proyectos a futuro, que se pueden generar también con el espacio y con la sociedad.

La memoria social o colectiva es importante porque tanto los paisajes como las sociedades van cambiando con el tiempo y es esa memoria la que permite reconocer y reconocerse en los lugares en los que

---

<sup>10</sup> Véanse: Halbwachs, 1994 y Halbwachs, 1995.



se ha vivido. Pero también es la “memoria involuntaria” tal como la entendía Marcel Proust<sup>11</sup>, la que aflora ante ciertos estímulos sensoriales que despiertan sentimientos profundamente arraigados en nuestro ser y que ayudan a ese reconocimiento geográfico, social y cultural.

En ese sentido, la Cuenca de México no es solamente un lugar geográfico; es, así mismo, punto de encuentro de memorias, tradiciones y paisajes que nos hablan de una larga historia humana que inició en los tiempos más remotos de la civilización, y cuya naturaleza primigenia fue ahormada por sus habitantes para asegurarse la supervivencia, ya no simplemente depredándola, sino también haciéndola producir, adaptándola a sus necesidades, en una profunda metamorfosis de los paisajes, como trataremos de explicar.

### **PAISAJES CULTURALES: LA LARGA RELACIÓN DE LA NATURALEZA Y EL HOMBRE EM LA CUENCA DE MÉXICO**

La historia de la Cuenca de México es la de la evolución de su geografía humana que se ve reflejada en la gran diversidad de paisajes que en ella se encuentran. Esos paisajes son producto de las características físico-bióticas, y de las transformaciones provocadas en ellas por los diversos pueblos que se han apropiado de su entorno y lo han modificado según sus creencias y necesidades. Así, la variedad de paisajes tiene que ver con la diversa concepción del tiempo y del espacio de sus pobladores. Hay algunos que se resisten a desaparecer; los vemos hoy como muestras histórico-arqueológicas de antiguos usos que han quedado integrados en los entornos actuales, pero cuyas funciones ya no están vigentes. Otros, preservan funciones del pasado, pero han sido reapropiados y resignificados por los diversos grupos sociales y adaptados a las nuevas necesidades. Finalmente, hay paisajes que son consecuencia de las dinámicas actuales de uso y depredación del territorio; por sus características propias pueden tener una corta temporalidad y en muchos casos son efímeros pues están sujetos a la rentabilidad del capital. Todo esto puede verse hoy en la cuenca de México: un crisol paisajístico de inigualable valor para quien lo sepa apreciar.

#### **La construcción de paisajes em consonancia com el agua**

Una gran sierra atraviesa México de este a oeste, cortando perpendicularmente a los otros sistemas montañosos del país. Es volcánica y es una provincia geológica joven. De ahí los nombres con los que se la conoce. El Eje Volcánico Transversal o Eje Neovolcánico empezó a levantarse durante el Plioceno de la era Terciaria hace unos tres millones de años, y desde entonces se ha seguido construyendo, dando origen a las mayores elevaciones del país (MACÍAS, 2005). Esa orografía volcánica activa a lo largo del Cuaternario, interrumpió el curso de los ríos que escurrían por el relieve de entonces, formando nuevas cuencas

---

<sup>11</sup> Proust, M. *En busca del tiempo perdido*.



hidrográficas que, en varios casos, se quedaron sin salida al mar como cuencas endorreicas. La Cuenca de México, conocida coloquialmente como Valle de México, es una de ellas. Sin duda, espectacular por sus características físicas y también desde el punto de vista de lo que han hecho en ella los pueblos que la han habitado hasta hoy, en que está ocupada por uno de los conglomerados urbanos más grandes del mundo que se extiende por toda su geografía.

Los contrastes son notables. La parte más baja, a 2,240 metros sobre el nivel del mar, se encuentra en el centro de la Ciudad de México en lo que era el antiguo lago de Texcoco. Las cotas más altas llegan a más de 5,000 metros de altitud en los picos del Iztaccíhuatl y el Popocatepetl, que forman parte de la sierra Nevada al oriente. Al sur está la sierra del Chichinautzin, al poniente la de Las Cruces, y al norte son estructuras volcánicas y tectónicas de menor altura las que marcan los límites de la cuenca, que alcanza aproximadamente 9,560 km<sup>2</sup> de extensión. Después de que se taponara el drenaje de los ríos hace unos 200,000 años, el sistema lacustre quedó conformado por cinco lagos comunicados entre sí, que llegaron a abarcar en su extensión máxima hace poco más de 10,000 años, casi una octava parte de la superficie total de la cuenca; Chalco y Xochimilco al sur, Zumpango y Xaltocan al norte, y, al centro, Texcoco, que era el más grande, al que todos desaguaban y era de aguas salobres (CÓRDOVA, 2022). El resultado fue el de un medioambiente variado y muy favorable para la vida humana. Un paisaje de lagos, de ahuejotes, tulares, carrizos y lirios, con abundancia de agua en los ríos que los alimentaban y múltiples manantiales al pie de las sierras volcánicas, cuyas rocas permeables infiltran el agua de lluvia desde sus cumbres que después brota o rellena los pozos artesianos en las partes bajas. Un clima templado con desarrollo de bosques mixtos de pinos, encinos y fresnos; paisajes alpinos con glaciares, bosques de coníferas y zacatonales en las cotas más altas; xerófitas en la porción norte y noreste más seca; y sobre todo una gran diversidad de especies animales en tierra y agua.

Los restos más antiguos de campamentos humanos en la Cuenca de México se han datado en alrededor de 22,000 años (GARCÍA-BÁRCENA, 2007). Desde entonces, el hombre fue insertándose en las dinámicas naturales, influyendo y alterando los equilibrios ecológicos, e imprimiendo sus huellas en el territorio y el paisaje hasta llegar a la actualidad.

Pequeños grupos de cazadores-recolectores vivían dispersos por la cuenca hasta antes de la revolución neolítica. La fertilidad y abundancia de recursos era tal, que les permitía una vida semi sedentaria. Pero a partir de la domesticación paulatina de plantas hace más de 5,000 años, empezaron a edificarse aldeas bien establecidas cerca de los bordes de los lagos. Con el tiempo, se hicieron pequeñas presas, canales y terrazados para garantizar la producción agrícola y controlar las dinámicas naturales del agua (GARCÍA, 2007). La bonanza productiva permitió crecimiento demográfico y desarrollo cultural, que se tradujeron, hace unos 2,400 años, en la construcción de las primeras ciudades con una traza urbana formal, como Cuicuilco, al sur



de la cuenca, y Teotihuacan, al noreste. Cuando Cuicuilco fue abandonada hace alrededor de 2,000 años por la erupción del volcán Xitle que la destruyó, era una ciudad de más de 20,000 habitantes que vivían de la explotación de los recursos del lago de Xochimilco, de la agricultura en los fértiles suelos de origen volcánico y del aprovechamiento de los bosques de la sierra del Ajusco. Entonces, Teotihuacan, al otro lado de la cuenca, se convirtió en la ciudad-Estado hegemónica, llegando a sumar una población de alrededor de 125,000 personas, concentrando a más de la mitad de los habitantes de la cuenca, y ejerciendo un control tributario sobre la pequeña ciudad de Azcapotzalco y el resto de asentamientos rurales mayores y menores (PÉREZ, 2007; LÓPEZ, 2007).

Las diferencias entre campo y ciudad produjeron cambios sustantivos en el paisaje, sumados a los que ya habían producido la agricultura y las obras de irrigación. Teotihuacan fue la ciudad más importante del período clásico mesoamericano; una urbe gigantesca de alrededor de 20 km<sup>2</sup>. En las tierras irrigadas de alrededor de Teotihuacan y hasta el valle de Texcoco, un poco más al sur, se cultivaba maíz, chile, calabaza y frijol, jitomate y amaranto. Se explotaban el tezontle, la arcilla y la sal. Y en la otra orilla de los lagos, en Cuautitlán, Tenayuca y Tacuba al oeste, la agricultura usaba terrazas sobre los piedemontes y se obtenía madera de los bosques mixtos serranos. Al norte de la cuenca se explotaban los yacimientos de cal, pedernal y obsidiana (LÓPEZ, 2007).

A mediados del siglo VII d.C., Teotihuacan inició una rápida decadencia por causas diversas y algo inciertas que todavía siguen estudiándose. La dispersión territorial de los teotihuacanos mucho más allá de los límites de la cuenca de México fue intensa y el número de los habitantes de la gran ciudad se desplomó en poco tiempo. Las formas de ocupación del espacio geográfico y el paisaje volvieron a alterarse. El nuevo patrón de asentamiento concentró población en núcleos mucho más pequeños, autónomos entre sí, alrededor de los lagos y en la base de los cerros que había en sus orillas. En buena medida, la cuenca de México se ruralizó, y quedó en el centro geopolítico de las dos grandes urbes que afianzaron su poder fuera de ella: Tula y Cholula. Hacia el final de esta etapa, avanzado el siglo XII d.C., fue aumentando la población de la cuenca y empezaron a hacerse las primeras obras de desecación de las orillas someras de los lagos de Xochimilco y Chalco, con el desarrollo de la técnica chinampera de altos rendimientos agrícolas. (PARSONS, 2007)

Siguen vigentes las controversias de los estudiosos en torno al origen de los mexicas, que llegaron a asentarse en el islote del lago de Texcoco para fundar la ciudad de Tenochtitlan a mediados del siglo XIV. En cualquier caso, el mayor consenso se inclina por afirmar que se trataba de grupos mesoamericanos desde su origen, y no de chichimecas, que también llegaron en migraciones relacionadas con el fin del poderío de Tula (LÓPEZ, 1990; MATOS, 2006).



Fue a partir de 1325 d.C., fecha mítica de la fundación de la que sería la gran ciudad, cuando empezó a escribirse la última etapa –sin duda la más espectacular– de la historia prehispánica de ocupación territorial e impronta cultural sobre el espacio de la cuenca de México. Primero, claro está, por tratarse de la configuración de una ciudad bien edificada a partir de dos ejes perpendiculares, con una gran ciudadela al centro con cerca del centenar de edificios entre templos y palacios, y cuatro cuadrantes que marcaban sus barrios alrededor. Una urbe que llegó a sumar cerca de 200,000 habitantes y a ocupar una superficie de entre 10 y 12 km<sup>2</sup> (JIMÉNEZ, 2019; MATOS, 2007), y fue capital de un imperio vastísimo. Una ciudad que impuso tributos y organizó redes comerciales a grandes distancias, que albergó numerosos oficios de artesanos especializados.

Pero la transformación del espacio geográfico y de los ecosistemas lacustres tuvo que ver también y de manera principal, con el hecho de que México Tenochtitlan se construyó con técnicas de control hidrológico y modificación de la condición natural de los lagos y los humedales, no sólo para poder edificar la ciudad misma, sino también para cobijar y alimentar a una población tan numerosa. Los primeros asentamientos mexicanos se hicieron sobre islas artificiales construidas entre los pantanos en las porciones someras y occidentales del lago de Texcoco, durante unas décadas de sequía que favorecieron esa condición menos profunda de las aguas y el afloramiento de porciones de suelo húmedo. A mediados del siglo XV, los tenochcas habían logrado conectar todas sus tierras isleñas, convirtiendo a su ciudad en una estructura urbana única que, engranada también con Tlatelolco al norte, controlaba las dinámicas hídricas cambiantes con una compleja infraestructura hidráulica de canales, bordos, calzadas-dique, acueductos, acequias y presas. La toponimia de sus barrios formaba parte del mosaico paisajístico del humedal, pues en numerosos casos remitían a vegetación lacustre, áreas pantanosas, salinas, manantiales (CÓRDOVA, 2022).

Fuertes inundaciones de la ciudad llevaron al emperador mexicano y al señor de Texcoco, a construir un gran albardón y otros diques más pequeños, que separaron las aguas salobres del lago de Texcoco, de las menos salinas de su vaso occidental rodeando a la gran ciudad. El albardón conocido como de Nezahualcóyotl, de 16 km de longitud y 7 metros de ancho (CARBALLAL Y FLORES, 2004), facilitó que aumentaran por los cuatro vientos las vastas porciones de tierra agrícola que formaban parte de Tenochtitlan, ocupando en conjunto un área mucho más extensa que la del uso de suelo no agrícola de la ciudad. Se trataba de un paisaje de chinampas construidas con lodos del lago y fijadas al fondo lacustre con las raíces de los ahuejotes, un árbol de la familia de las salicáceas y originario del valle de México, que, además, protegía a los cultivos como barrera del viento.

La fertilidad del fango, húmedo siempre por capilaridad, permitía una altísima productividad agrícola sobre las chinampas, que también las hubo en las ciénagas del lago de Xaltocan al norte, pero sobre todo en



los de Xochimilco y Chalco que se fueron convirtiendo, a decir de Rojas Rabiela, en una “inmensa chinampería” de gran uniformidad, estructurada en fragmentos rectangulares delimitados por canales mayores y menores (ROJAS, 2004, p. 25). Esa regularidad presente en más de 120 kilómetros cuadrados hizo pensar al arqueólogo y antropólogo Pedro Armillas que el patrón paisajístico respondía a una agricultura controlada políticamente desde el Estado, más que a una agricultura de tierras comunales de los campesinos chinamperos (ARMILLAS, 1971).

Cuando Hernán Cortés divisó con sus huestes la cuenca de México en 1519, después de cruzar la Sierra Nevada entre el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl, el paisaje que abarcó su vista no podía dejar indiferente a nadie. Las sierras y los edificios volcánicos eran el marco de un conjunto prodigioso de naturaleza y construcción cultural, en el que cientos de pequeños núcleos rurales se distribuían en los islotes artificiales de las chinampas en las orillas de las aguas de los lagos, en las tierras ribereñas, y en el resto de la tierra firme y las laderas de las montañas. Los cerca de 40 núcleos urbanos de entre 4,000 y 5,000 habitantes, unos 5 que llegaban a 15,000, y Texcoco a 20,000, apenas hacían contrapeso a la presencia imponente de Tenochtitlan con sus 200,000 habitantes, a poca distancia de la ribera poniente del espejo lacustre (ROJAS, 2004)

El millón de personas que pudo llegar a albergar la extensión completa de la cuenca en esos inicios del siglo XVI vivía, como hemos explicado, de la agricultura chinampera en gran medida, pero no únicamente. Se había desarrollado una economía diversificada que le permitía a la gente aprovechar los múltiples recursos que los ambientes de la considerable diversidad altitudinal y microclimática ofrecía. Cazaban, y pescaban. Los paisajes agrícolas abarcaban también los huertos especializados donde se cultivaban hortalizas, condimentos, plantas medicinales y ornamentales, frutales y nopales. En los fondos de los valles los campesinos represaban y canalizaban agua de manantiales para las milpas donde, junto al maíz, se sembraban frijol, calabaza, chile, amaranto, chíca, jitomate. Por debajo de las líneas de bosques de las montañas se levantaban las mismas cosechas con agricultura de temporal, en terracedos llamados *metepantli* anclados con magueyes y nopaleras. Y en las alturas serranas se aprovechaban los recursos forestales de los bosques mixtos templados (WHITMORE y TURNER, 1992).

### **Nuevos paisajes en la lógica del desagüe**

La guerra de conquista, la caída de México Tenochtitlan y la refundación española de la ciudad de México fueron el gran parteaguas en la relación de la ciudad y su entorno natural. No pretendemos sustentar la idea, muy difundida a partir del siglo XIX en el marco del Romanticismo y de la búsqueda de identidades históricas en el proceso de construcción de los estados nacionales independientes, de que el medio natural, antes de la llegada de los invasores españoles, estaba sustancialmente inalterado. O la de que la relación de



las sociedades que lo habitaban era de equilibrio respetuoso de las dinámicas naturales. El geógrafo William Denevan ha llamado a esa representación de la realidad “el mito prístino”, y con sus estudios ha querido demostrar que en 1492 el paisaje americano, en general, era un paisaje altamente humanizado, en el que los bosques habían sido modificados, se habían extendido pastizales por la deforestación, la vida silvestre estaba alterada y la erosión era grave en algunos lugares. Incluso sostiene la idea de que, a causa de la debacle demográfica provocada por las enfermedades traídas por los europeos, la presencia humana era menos notoria en términos paisajísticos a mediados del siglo XVIII que a principios del siglo XVI (DENEVAN, 1992).

En el caso de la cuenca de México, la humanización del paisaje nunca dejó de ser omnipresente. El cambio radical al que queremos referirnos a partir de la dominación hispánica se dio, principalmente, con los nuevos conceptos que rigieron la relación de la gran ciudad, ahora capital de un virreinato, respecto del agua. La historia de Tenochtitlan, y desde 1521 de la Ciudad de México, es una historia que mucho tiene que ver con complejos procesos medioambientales que afectaron a la cuenca completa. Si en tiempos prehispánicos se lidió con las dinámicas hídricas de una cuenca cerrada para controlarlas y sacarles ventajas para la vida humana, a partir del régimen colonial la lógica fue la de cambiarlas radicalmente sacando el agua que provocaba inundaciones catastróficas en una urbe que eliminaba paulatinamente el suelo agrícola chinampero de sus periferias.

No se pretende explicar detalladamente el largo proceso de desecación de los lagos y la apertura de una salida para desaguar la cuenca hacia el Golfo de México, y los cambios profundos y diversos que la cultura invasora trajo aparejados en los usos del suelo y los paisajes de toda la cuenca. Pero es necesario recordar algunas cosas importantes. Después de cuatro o cinco décadas de ocupación española, los usos de suelo y los paisajes ya eran mestizos. A las formas tradicionales se habían incorporado nuevas tecnológicas, nuevos materiales, nuevos cultivos y animales. El arado de hierro, las tejas de barro cocido, el trigo, las gallinas, el ganado mayor, árboles frutales de origen asiático y europeo, y otros como el pirul, que los españoles importaron desde el Perú, entre tantas otras cosas, tomaban cartas de naturalización marcando con su presencia indeleble el entorno de la cuenca, que casi siempre fue el centro de dispersión hacia el resto del territorio novohispano (GARCÍA, 2007; MORENO, 1968).

Hacia 1554, un nuevo paisaje urbano y rural se empezaba a gestar. La ciudad española crecía desde su centro en la plaza mayor hacia afuera. En sus diálogos latinos, Francisco Cervantes de Salazar la describe en ese año con sus calles rectas y empedradas, con canales de desagüe abiertos corriendo al centro, canales y puentes, baja, de aspecto duro por sus casas cerradas al exterior y sus fortificaciones, techos planos y pocos árboles, lo que acrecentaba su reciedumbre (CERVANTES, 2019). Desde el cerro de Chapultepec, se observaban los edificios de los españoles en el centro de la ciudad, rodeados por el extenso enjambre de las



casas de los indios aún entre chinampas, pero ya con iglesias que emergían entre ellas. También, las acequias que servían para entrar y salir del lago, las calzadas que conducían entre el agua de la ciudad a la tierra firme. Más allá estaban las encomiendas con sus campos de regadío, los pastizales con ganado lanar, caballar y vacuno, las parcelas de los indios y el resto de poblaciones grandes y pequeñas también con iglesias blanqueadas y sobresalientes entre las viviendas (CERVANTES, 2019).

En el siglo XVII los perfiles urbanos cambiaban. Por encima de las azoteas de las casas construidas de tezontle y cantera chiluca en sus fachadas, ya sin aspecto de fortaleza y abiertas con balcones de reja y zaguanes que comunicaban de la calle a los patios interiores, fueron levantándose cúpulas y bóvedas de numerosísimas iglesias, conventos, hospitales. La cuadrícula concebida para los españoles se había ampliado, y ocupado sus solares. Los barrios de indios de forma irregular, constreñían como un cinturón a aquella ciudad de traza renacentista y construcción barroca, que a fines del setecientos volvía a acercarse a los 200,000 habitantes y se ganaba el apodo de la ciudad de los palacios. Pero el agua no había dejado de asolarla.

La ciudad española se había ido construyendo sin disposiciones para lidiar con el ambiente acuático. Algunos diques como el de Nezahualcóyotl se destruyeron en largos tramos, y numerosos canales urbanos se rellenaron con sus escombros para ser convertidos en calles (JIMÉNEZ VACA, 2017). Solo se conservaron algunas acequias que permitieron hasta avanzado el siglo XIX la entrada de trajineras cargadas de víveres desde los lagos del sur de la cuenca. En 1553 se produjo la primera gran inundación después de una estación de lluvias copiosas. En 1580 y luego en 1604 el lago se desbordó sobre los pueblos ribereños y la ciudad volvió a quedar bajo el agua. La construcción de bordos y albarradones como habían hecho los mexicas no les parecía a los españoles la solución definitiva al problema, aunque la usaron. Empezó entonces a pensarse en la necesidad de drenar los ríos y los lagos para desaguar la cuenca fuera de sus límites (GURRÍA, 1978). Y desde entonces, hasta hoy, en eso se enfocaron los esfuerzos.

Entre grandes controversias de las autoridades políticas del virreinato con las de la ciudad respecto de los proyectos que debían aplicarse, se pasó el resto del periodo colonial español, lo cual es la constatación de un desarrollo civilizatorio totalmente ajeno a las prácticas de adaptación y control de un ambiente acuático. Las decisiones tomadas casi siempre fueron desatinadas, tecnológicamente impracticables y muy costosas. En 1629, la peor inundación de todas dejó bajo el agua a la capital durante casi cinco años. El gran proyecto de desagüe consistió en desviar el río Cuautitlán hacia el pueblo de Huehuetoca en el noroeste de la cuenca, primero excavando un túnel y después haciendo un tajo, para sacar el agua por un sitio llamado Nochistongo hacia la cuenca vecina del río Tula (SALA CATALÁ, 1986; CÓRDOVA, 2022; GURRÍA, 1978).

La guerra de Independencia frenó, como es lógico, todos los planes. Las inundaciones recurrentes de la ciudad seguían siendo el gran problema de la capital y, a mediados del siglo XIX, empezó a hablarse de un



gran canal -idea que había sugerido el naturalista Alejandro de Humboldt- que permitiera sacar el agua del lago de Texcoco para llevarla, a pesar del aumento de altitud, hasta un túnel en Tequisquiac, y drenar por ahí el líquido hasta la corriente del río Tula en el origen de la cuenca del Pánuco, que finalmente desemboca en el Atlántico. El reto tecnológico era ahora el de ese gran canal. Fue el gobierno de Porfirio Díaz el que finalmente se abocó a la difícil empresa. Se contrató al ingeniero británico Weetman Dickinson Pearson, conocido también como lord Cowdray. El 17 de marzo de 1900, se abrieron las compuertas del Gran Canal en el barrio de San Lázaro, que empezó a sacar agua hasta el túnel de Tequisquiac. (LEMOINE, 1978). Se pensó que se estaba cumpliendo el sueño anhelado durante 400 años. Era el triunfo de la técnica y la promesa de progreso para la ciudad de México y su región. Había empezado el fin de la identidad lacustre casi ubicua de la cuenca de México y el cambio más drástico en su paisaje.

Al tiempo que empezaba a drenarse el agua de los vastos lechos de los lagos y a bombearse la del manto freático, con el desecamiento del subsuelo arcilloso la vieja ciudad colonial empezó a sufrir hundimientos desiguales que inclinaron edificios y afectaron tuberías de alcantarillas. La ciudad del magnífico modelo ortogonal con plazas rectoras de un tejido callejero de geometrías perpendiculares y precisas, se desbocaba sobre sus periferias de barrios y pueblos de indios, y sobre las tierras de haciendas y ranchos. De manera inédita, la especulación creaba aceleradamente nuevo suelo urbano, y el negocio inmobiliario caracterizó el crecimiento. La construcción de fraccionamientos de colonias obreras relacionadas con la industria o con los servicios de estado liberal en franca consolidación, de colonias para clases medias, y de otras lujosas para los más ricos que salían del centro para ocupar nuevas casas de arquitectura ecléctica, ya sin los patios tradicionales y ahora con jardines que las rodeaban, pintaron nuevos paisajes urbanos. La Revolución mexicana no interrumpió el proceso y, después, la ciudad fue alcanzando a muchos de los viejos pueblos esparcidos por la cuenca, sobre todo hacia el surponiente que, conservando su fisonomía pueblerina, quedaron fagocitados en una mancha urbana destinada a volverse gigantesca.

El lecho del lago de Chalco que se quedó sin agua, sirvió durante algunas décadas para la agricultura. Pero los de Texcoco y de Xaltocan sufrieron un rápido proceso de salinización del suelo. En Texcoco, en tierras del municipio del pueblo de Ecatepec, a mediados del siglo XX, se inició la explotación de carbonato de sodio para la producción de sosa cáustica. Todo eso acabaría también por ser barrido con el llamado “desarrollo estabilizador” o “milagro mexicano” en las décadas de 1950 y 1960. El país se industrializó a ritmos acelerados y vivió un crecimiento económico sostenido. La ciudad, de cerca de 2 millones de habitantes en 1940, explotó. Ya se había desbordado, empezando por el norte, sobre los municipios de Tlalnepantla y Naucalpan en el Estado de México, a lo largo de un eje industrial y con colonias de clase media que fueron apareciendo entre los antiguos pueblos y barrios obreros muy pobres.



El fenómeno continuó imparable. Pero después, no siempre fue la ciudad la que creció expandiéndose más allá de sus límites, como en el caso de los fraccionamientos que avanzaron sobre todo hacia el poniente y hacia el sur. Fue un crecimiento desde afuera, que iba anexando a la ciudad enjambres de casitas que levantaban los campesinos que llegaban en busca de trabajo —paracaidistas, se les llamó— y que se asentaban informalmente donde podían, creando lo que se conoció como ciudades perdidas. Extensos paisajes de marginación y de miseria con viviendas de autoconstrucción, sin infraestructuras urbanas ni servicios públicos, se incorporaron a una Zona Metropolitana de la Ciudad de México, que en el año 1970 había rebasado los 8.5 millones de personas, y en el año 2000 llegaba casi a los 20 millones. Avanzaban como una plaga imparable que iba cubriendo los antiguos lechos lacustres de Texcoco y Chalco hacia el este y sureste en el camino a Puebla, y hacia el noreste rumbo a Pachuca, y que subía incluso por algunos de los empinados cerros volcánicos esparcidos en las orillas de los desaparecidos lagos (BATAILLON, 1997; GRACIA, 2004).

Se planteaba la gran paradoja. El agua fluvial y de precipitación que llega a la cuenca, y el agua sucia de la zona metropolitana se sacan para evitar inundaciones por el Gran Canal del Desagüe y por el sistema de tuberías del Drenaje Profundo de la ciudad inaugurado en 1975 (GALINA, 2010). Pero la ciudad sufre de sed. La que se necesita para la vida se saca de los mantos freáticos cada vez más agotados, y debe traerse con complicados y costosos sistemas de bombeo desde las fuentes del río Lerma en el valle de Toluca y, más allá, de las del río Cutzamala en los límites del estado de Michoacán. El geógrafo Claude Bataillon señaló enfáticamente lo que es bien sabido: “lo absurdo de un sistema en el que llevar el agua es tan difícil y costoso como evacuarla”. Y tan grave como eso es la segregación social de los habitantes de la gran urbe por el acceso al líquido vital (BATAILLON, 1997, p. 168).

## CONSIDERACIONES FINALES

Parece una catástrofe. La desecación de la cuenca de México, los problemas de contaminación atmosférica, las complicaciones del abasto, del transporte, de una producción inmensa de desechos, de marginación, y la injusticia espacial sistémica producto de la lógica capitalista, parecen inconmensurables en una de las ciudades más grandes del mundo y la región que le rodea. Pero el tibio optimismo que apuntaron Ezcurra, Mazari y Aguilar hace casi dos décadas en *La cuenca de México. Aspectos ambientales críticos y sustentabilidad* (2006), percibiendo posibilidades para la recuperación a través de políticas ambientales, hoy parece incrementarse. El ánimo aumenta a la luz de los esfuerzos tecnológicos y los proyectos gubernamentales recientes enfocados a la gobernanza, la sostenibilidad y el bienestar social, que ponen algunos frenos a la voracidad del capital privado, en aras del bienestar colectivo y los usos públicos del espacio, y favorecen una participación ciudadana creciente. No es este el lugar para analizarlos. Pero sí creemos válido



afirmar que la esperanza se apuntala también en el hecho fehaciente de una cuenca que sigue siendo un fascinante mosaico de paisajes diversos que deben ponerse en valor.

El estudio de la historia permite entender la complejidad de los procesos sociales, políticos, culturales, y su traducción sobre el territorio; y mientras más largo sea el tiempo estudiado, mayores posibilidades tendrá la geografía para leer en el paisaje de hoy las herencias rotundas o discretas de formaciones anteriores. Ese estudio histórico nos debe hacer conscientes del valor paisajístico -natural y cultural- que se asoma por todas partes, incluso donde *a priori* parecería imposible. Es cuestión de observar, de reflexionar, de sentir.

En esta inmensa y majestuosa cuenca podemos descubrir una infinidad de posibilidades paisajísticas a través de la percepción y la construcción de significados individuales y colectivos. Se trata de legados antiguos y contemporáneos que definen nuestra identidad y cuyos significados deben rescatarse como escudo protector de los lugares, de las culturas locales y del arraigo identitario. Debemos reconocer ese legado, analizarlo, valorarlo, defenderlo, para salvaguardar con ello nuestra personalidad y la esperanza de un futuro construido con mayor justicia social, con sustentabilidad y ¿por qué no? con belleza.

Más allá de los nuevos paisajes del poder económico, con las feísimas moles edificatorias como la de la torre Mítikah –verdadero atentado urbano—o las de más de 20 pisos de la firma inmobiliaria Be Grand, que se levantan por doquier rompiendo el horizonte, alterando el perfil de la ciudad y violando las reglamentaciones y el equilibrio de las colonias de casas de vecinos, persisten paisajes resistentes presentes en múltiples muestras de belleza que se preservan todavía en la cuenca, que debemos proteger y defender. La pregunta es cómo defender ese patrimonio individual y colectivo todavía existente que asoma continuamente en el entorno metropolitano.

El paisaje no puede seguir siendo un concepto de análisis estrictamente científico, ni una tarea exclusiva de los académicos. Debe combinar, como nos enseñó Humboldt, un estudio razonado y objetivo de su conformación, con una visión sentimental, emotiva de quienes lo perciben, lo experimentan y elaboran sus representaciones. Junto al estudio meticuloso, profundo, especializado, debe contemplarse también la aportación de las disciplinas que lo complementen desde el sentir. Como se propone desde las *Recomendaciones para la aplicación del Convenio Europeo del Paisaje* (Consejo de Europa, 2008), se trata de educar en el paisaje y educar en el territorio a partir de cuatro acciones: participación, sensibilización, educación y formación (art. 6 del Convenio Europeo del Paisaje); participación ciudadana en los procesos de toma de decisiones; sensibilización de la sociedad y de los políticos tomadores de decisiones; educación en los valores de los paisajes y en los aspectos relativos a su protección, gestión y ordenación; y formación de especialistas en la valoración de paisajes y la intervención en los mismos.



Debe dársele al paisaje un lugar importante en los contenidos de la educación básica en historia y geografía para que, desde el amor a lo propio, se pueda ser ciudadano del mundo. Resulta indispensable una participación ciudadana activa en la puesta en valor del paisaje y su custodia, en vista de que, como sostiene la geografía cultural, las personas y las colectividades son las que construyen la idea del paisaje al darle un significado a su entorno. Pero también es imprescindible incluirlo en las políticas públicas y en el corpus legislativo de todos los niveles de gobierno. Solo así será posible abordar integralmente los problemas socio-territoriales, que son resultado de los procesos especulativos que se rigen con la lógica de la ganancia, que no consideran el valor identitario de los paisajes que debe acompañar al principio de justicia territorial. La destrucción del paisaje es destrucción de la identidad.

En 1935, Lázaro Cárdenas, con la colaboración experta de Miguel Ángel de Quevedo, decretó, con gran voluntad política, la creación del primer parque nacional en la Sierra Nevada. Con el establecimiento del Parque Nacional Iztaccíhuatl y Popocatepetl, en el extremo suroriental de la Cuenca de México, se cavilaba en muchas cosas. Se quería proteger a las montañas más altas con los bosques y pastizales de sus laderas, para asegurar la alimentación hidrográfica de la cuenca. Se pretendía mantener el equilibrio climático de la región. Cuidar el suelo de la erosión. Pero también se anhelaba proteger aquellas montañas cuya “portentosa silueta y típicos perfiles [...] forman en el panorama nacional majestuosos relieves que señalan a esas montañas como monumentos de excepcional belleza y grandiosidad [...]” (Decreto: 1935). Esa fue, quizá, una de las primeras declaratorias de nuestro derecho al paisaje.

## REFERÊNCIAS

- ARMILLAS, P. Gardens on swamps. *Science*, v. 174, p. 653-661, 1971.
- BARROWS, Harlan H. Geography as Human Ecology. *Annals of the Association of American Geographers*, v. XIII, p. 1-14, 1923.
- BATAILLON, C. *Espacios mexicanos contemporáneos*. México: Fondo de Cultura Económica/Colegio de México, 1997.
- BEHLER, Diana. Carl Gustav Carus: Briefe über Landschaftsmalerei und die frühromantische Theorie. En Ferdinand Schöning. *Athenäum Jahrbuch für Romantik*. Berlin: Humboldt-Universität zu Berlin, p. 107-139, 1993. <<https://edoc.hu-berlin.de/bitstream/handle/18452/6244/behler.pdf?sequence=1>>
- BESSE, Jean-Marc. L'espace du paysage. Considérations théoriques. En Toni Luna e Isabel Valverde. *Teoría y paisaje: reflexiones desde miradas interdisciplinarias*. Barcelona: Observatori del paisatge/ Universitat Pompeu-Fabra, p. 7-24, 2010.
- BOBEK, Hans; SCHMITHÜSEN, J. Die Landschaft im Logischen System der geographie. *Erdkunde*, v. 3, n. 2-3, Agosto, p. 112-120, 1949.
- BRUNHES, Jean. *La Géographie humaine. Essai de classification positive*. Paris: Félix Alcan, 1910
- CAPEL, Horacio. *Geografía humana y Ciencias Sociales. Una perspectiva histórica*. Barcelona: Montesinos, 1984.
- CAPEL, Horacio. Pierre Deffontaines y el desarrollo de la Geografía Humana. *Biblio 3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, v.XIII, n. 810, 25 de enero de 2009. <<http://www.ub.es/geocrit/b3w-810.htm>>. [ISSN 1138-9796].



CARBALLAL STAEDTLES, M y FLORES HERNÁNDEZ, M. Elementos hidráulicos en el lago México- Texcoco en el Posclásico. **Arqueología Mexicana**, México, v. XII, n. 68, p. 28-33, julio-agosto 2004.

CERVANTES DE SALAZAR, F. **México en 1554**. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.

CLOUT, Hugh. Visions of la Géographie Humaine in Twentieth-Century France. **The Geographical Review**. v. 93, n. 3, p. 370-393, Julio, 2003.

CONSEJO DE EUROPA. Recomendación CM/Rec(2008)3 del Comité de Ministros de los Estados miembros sobre las orientaciones para la aplicación del Convenio Europeo del Paisaje. 2008. < [https://www.mapa.gob.es/es/desarrollo-rural/planes-y-estrategias/desarrollo-territorial/09047122800d2b4d\\_tcm30-421588.pdf](https://www.mapa.gob.es/es/desarrollo-rural/planes-y-estrategias/desarrollo-territorial/09047122800d2b4d_tcm30-421588.pdf)>

CÓRDOVA, CARLOS, E., **The lakes of the basin of Mexico. Dynamics of a lacustrine system and the evolution of a Civilization**. Switzerland: Springer, 2022.

COSGROVE, Denis. **Social Formation and Symbolic Landscape**. Londres: Croom Helm, 1984.

DARDEL, Eric. **El hombre y la Tierra. Naturaleza de la realidad geográfica**. Madrid. Editorial Biblioteca Nueva, (2013). (Título original **L'homme et la Terre. Nature de la réalité géographique**. Paris : Presses Universitaires de France, 1952)

Decreto que declara Parque Nacional, las montañas denominadas Iztaccíhuatl y Popocatepetl. **Diario Oficial**, México, 8 de noviembre de 1935. [<https://www.conanp.gob.mx/sig/decretos/parques/Iztapopo.pdf>]

DEFFONTAINES, Pierre. Préface. En Georges Hardy. **Géographie et colonisation**. Paris: Gallimard, 1933.

DENEVAN, W. M., The Pristine Myth: The Landscape of the Americas in 1492. **Annals of the Association of American Geographers**, v.82, n.3, p. 369-385, 1992.

DIENER, Pablo. Travelling Artists in America : Vision and Views. **Culture & History Digital Journal**. v. 1, n. 2, m106, 2012. <http://dx.doi.org/10.3989/chdj.2012.m106>

DUNCAN, James. **The City as a Text. The Politics of Landscape Interpretation in the Kandyan Kingdom**. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

EZCURRA, E.; MAZARI, M.; PIZANTY, I. y AGUILAR, A.G. **La cuenca de México. Aspectos ambientales críticos y sustentabilidad**. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.

FRÉMONT, Armand. **La region, espace vécu**. Paris: P.U.F. 223 p., 1976.

FRÉMONT, Armand. Recherches sur l'espace vécu. **L'espace géographique**. n. 3, p.231-238, 1974. [Consultado en febrero, 2024]. [https://www.persee.fr/doc/spgeo\\_0046-2497\\_1974\\_num\\_3\\_3\\_1491](https://www.persee.fr/doc/spgeo_0046-2497_1974_num_3_3_1491)

GALINA MACÍAS, J. A. Drenaje profundo en la Ciudad de México. **Administración y Tecnología para el Diseño. Anuario 2010**. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, año 12, n. 12, p. 215-236, 2010.

GARCÍA MARTÍNEZ, B. La Cuenca de México. Conquista (siglo XVI, a partir de 1519). Cambios y continuidades. **Arqueología Mexicana**, México, v. XV, n. 86, p. 64-68, julio-agosto 2007.

GARCÍA MOLL, R. La Cuenca de México. Preclásico temprano y medio (2500-400 a.C.). Las primeras sociedades agrícolas. **Arqueología Mexicana**, México, v. XV, n. 86, p. 34-39, julio-agosto 2007.

GARCÍA-BÁRCENA, J. La Cuenca de México. Etapa lítica (30000-2000 a.C.). Los primeros pobladores. **Arqueología Mexicana**, México, v. XV, n. 86, p. 30-33, julio-agosto 2007.

GRACIA SAIN, M. A. El poblamiento de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México: análisis y empleo de una tipología explicativa. **Perfiles Latinoamericanos**, n. 24, p. 107-142, junio 2004.

GREPPI, Claudio. "On the Spot": Travelling Artists and the Iconographic Inventory of the World, 1769-1859. En Félix Driver, Luciana Martins (Eds.). **Tropical Visions in an Age of Empire**. Chicago: The University Chicago press, p. 23-42, 2005.

GURRÍA LACROIX, J. **El desagüe del valle de México durante la época novohispana**. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.



- HALBWACHS, Maurice. La Mémoire Collective. **REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas**, n. 69, p. 209-222, 1995. <<https://reis.cis.es/index.php/reis/article/view/1535/2006>>
- HALBWACHS, Maurice. **Les Cadres Sociaux de la Mémoire**, Ed. Albin Michel, Paris, p.38, 1994. <[http://classiques.uqac.ca/classiques/Halbwachs\\_maurice/cadres\\_soc\\_memoire/cadres\\_sociaux\\_memoire.pdf](http://classiques.uqac.ca/classiques/Halbwachs_maurice/cadres_soc_memoire/cadres_sociaux_memoire.pdf)>
- HUMBOLDT, Alejandro de. **Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo**. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2011 (traducción de los tomos I, II, III y IV de Bernardo Giner y José de Fuentes; tomo V, Norak).
- HUMBOLDT, Alexander von. Ideen zu einer Physiognomik der Gewächse, 2007. **Ansichte der Natur**, 1826. <<https://www.gutenberg.org/files/22761/22761-pdf.pdf>>
- HUMBOLDT, Alexander von. Landscape Painting in its Influence on the Study of Nature. **Cosmos. A Sketch of a Physical Description of the Universe**. New York: Harper & Brothers, vol. II, p. 82-98, 1868 <<https://archive.org/details/sketchofphcosmos02humbrich/page/82/mode/2up?q=Landscape+painting>>
- JIMÉNEZ MARTÍNEZ, Eloy. En torno a la superficie de México-Tenochtitlan en 1519. **Anuario de Historia Regional y de las Fronteras**, v. 25, n. 1, 2019, p. 15-45
- JIMÉNEZ VACA, A. **Las acequias en la cuenca de México**. México: Ediciones Navarra, 2017.
- LEIGHLY, John. Interpretation of Cultural Geography since Schlüter. En John Leighly. The Emergence of Cultural Geography (Introduction and Commentary by William W. Speth). **Yearbook of the Association of Pacific Coast Geographers**. v 57, p. 158-180, 1995.
- LEMOINE VILLICAÑA, E. **El desagüe del valle de México durante la época independiente**. México; Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.
- LONGINO. **De lo sublime**. Edición bilingüe, introducción y notas de Manuel Pérez López. Madrid: Ediciones Dykinson, 222 p. (2011 [s. l d.C]).
- LÓPEZ AUSTIN, A. Del origen de los mexicas: ¿nomadismo o migración? **Historia Mexicana**, México, v. XXXIX, n. 3, p. 663-675, enero-marzo 1990.
- LÓPEZ LUJAN, L. La Cuenca de México. Clásico (150-600/650 d.C. La diferenciación campo-ciudad. **Arqueología Mexicana**, México, v. XV, n. 86, p. 44-49, julio-agosto 2007.
- LUIS GÓMEZ, Alberto. Geografía social y geografía del paisaje. **Geocrítica. Cuadernos críticos de Geografía humana**. Año IX, n. 49, Enero de 1984.
- MACÍAS, J.L. Geología e historia eruptivas de algunos de los grandes volcanes activos de México, **Boletín de la Sociedad Geológica Mexicana**, México, Volumen Conmemorativo del Centenario, t. LVII, n. 3, p. 379-424, 2005.
- MATOS MOCTEZUMA, E. La Cuenca de México. Posclásico tardío (1350-1519 d.C.). El dominio mexicana. **Arqueología Mexicana**, México, v. XV, n. 86, p. 58-63, julio-agosto 2007.
- MATOS MOCTEZUMA, E. **Tenochtitlan**. México: Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 2006.
- MORENO TOSCANO A. **Geografía económica de México (siglo XVI)**. México: El Colegio de México, 1968.
- NALDA, E. La Cuenca de México. Epiclásico (650-900 d.C.). Caída de Teotihuacan y nuevas formas de organización. **Arqueología Mexicana**, México, v. XV, n. 86, p. 50-53, julio-agosto 2007.
- NORA, Pierre. "La mémoire collective" en R. Chartier, J. Le Goff y J. Revel (dirs.) **La nouvelle histoire**. Paris: C.E.P.L., p. 398-401, 1978.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás. La visión moderna del paisaje: dimensiones artísticas y científicas. En Eulalia Ribera (Ed.). **Geografía y paisaje**. México: Instituto de Investigaciones Dr. José Luis Mora. p. 89-108, 2022.
- PARSONS, J.R. La Cuenca de México. Posclásico temprano y medio (900-1350 d.C.). Época de transición. **Arqueología Mexicana**, México, v. XV, n. 86, p. 54-57, julio-agosto 2007.
- PÉREZ CAMOA, M.A. La Cuenca de México. Preclásico tardío (400 a.C.-200 d.C. Las primeras ciudades. **Arqueología Mexicana**, México, v. XV, n. 86, p. 40-43, julio-agosto 2007.



PRED, Allan. "Other Studies". Duncan, James. *The City as a Text. The Politics of Landscape Interpretation in the Kandyan Kingdom*. *Journal of Historical Geography*, 17, p. 115-117, 1991.

RELPH, Edward. **Place and Placelessness**. Londres: Pion Ltd. 156 p. 1976.

ROJAS RABIELA, Teresa. Las cuencas lacustres del altiplano central. *Arqueología Mexicana*, México, v. XII, n. 68, p. 20-27, julio-agosto 2004.

RUPPERT, Karl; SCHAFFER, Franz. La polémica de la geografía social en Alemania (I): sobre la concepción de la Geografía social. **Geocrítica. Cuadernos críticos de Geografía humana**. Año IV, n. 21, Mayo de 1979.

RUSKIN, John. **Modern Painters**. v. I. Project Gutenberg, 2009 [En línea, 6 de abril de 2024] [https://www.gutenberg.org/files/29907/29907-h/29907-h.htm#FnAnchor\\_K](https://www.gutenberg.org/files/29907/29907-h/29907-h.htm#FnAnchor_K)

SALA CATALÁ, José. La localización de la capital de Nueva España como problema científico y tecnológico. **Quipu**. Septiembre-Diciembre, p. 279-287, 1986.

SAUER, Carl. **The Morphology of Landscape**. Berkeley: University of California Press, p. 19-53, 1925. Edición utilizada J. Leighly (Ed.) (1963) *Land and Life: a Selection of Writings of Carl Orwin Sauer*. Berkeley: Univ. Of California Press, p. 315-350, 1963.

SCHILLER, Friedrich. **Cartas sobre la educación estética del hombre**. Madrid: Aguilar, 168 p. 1963.

SUNYER MARTÍN, Pere. Los paisajes y las montañas de México. Entre el olvido, su reconocimiento y su derecho. En Armando Alonso Navarrete y Martín Manuel Checa-Artasu (Coords.). **Legislación y paisaje. Un debate abierto en México**. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. p. 47-74, 2019.

TUAN, Yi Fu. **Space and Place. The Perspective of Experience**. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1977. [Consultado en 2 de marzo de 2024]. < <https://archive.org/details/spaceplaceperspe0000tuan/page/n9/mode/2up>>.

VALLEGA, Adalberto (2023). **Geografía cultural. Lugares, espacios, símbolos**. México: Instituto de Geografía- Universidad Nacional Autónoma de México, 400 p., 2023.

VIDAL DE LA BLACHE, Paul M. Des caractères distinctifs de la géographie. **Annales de Géographie**. v. 22, p. 289-299, 1913.

VIDAL DE LA BLACHE, Paul M. Tableau de la Géographie de la France. En Ernest Lavisse. **Histoire de France illustré depuis les origines jusqu'à la Révolution**. Paris : Hachette et Cie., S.d. [1903].

WHITMORE, T.M; TURNER, B.L. Landscapes of cultivation in Mesoamerica on the eve of the Conquest. In: BUTZER, K.W. (Ed.). **The Americas before and after 1492: current geographical research**. *Annals of the Association of American Geographers*, v. 82, N. 3, p. 402-425, September 1992.

WHITTLESEY, Derwent S (1929). Sequent occupance. *Annals of the Association of American Geographers*. v. 19, n. 3, p. 162-165, 1929.